

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VII

Barcelona 17 de Diciembre de 1896

Núm. 317

AUTORES CÓMICOS



Miguel Echegaray



La muerte del árbol secular

Madrid por horas

¡Qué hermoso es el invierno en la Corte!

Esta exclamación que lanza cualquiera estas noches soplándose los dedos de gusto, me recuerda un libro de impresiones *touristes* que publicó un señor de Cuenca que ha viajado mucho por su provincia.

Madrid, dice, es una capital de alguna importancia, y tal vez la primera de España.

El clima es templado y agradable, cielo purísimo, auras saturadas de fragancia.

En invierno suele, á pesar de todo, hacer frío.

Y en verano calor.

Los naturales son de carácter dulce y apacible, visten á usanza europea, un sombrero especial llamado de copa.

Existe una clase especial llamados chulos, destinados á dar *patás*, y á difundir un lenguaje especial, aunque corrompido.

El cuerpo de chulos está hoy muy desacreditado, y el de chulas, pues nadie las distingue.

Las mujeres son hermosas, dicho sea sin faltar á las de Cuenca, y visten con elegancia, no habiendo observado que lleve ninguna los tacones torcidos.

Los edificios son suntuosos, y las calles anchas, hermosas unas y estrechas otras.

La estación del Norte, situada en la falda de una montaña, mirándose en el Manzanares.

La del Mediodía en una hondonada, revestida de ladrillos y cubierta como un ataúd, de zinc.

La estación de las delicias cerca de Badajoz.

La de Arganda, construcción microscópica con trenes para niños que andan solos y tráfico de lo tinto.

Sale un tren cada quince días.

La estación de las Pulgas, como una alegoría del verano.

Además, el tren subterráneo para equipajes y viajeros de incógnito, del Norte al Mediodía ó viceversa, con parada en las Pulgas.

Tranvías, rippers, berlinas, coches de punto, cabriolés, coches-camas y coches de muerto.

Todos los medios de locomoción imaginables, la bicicleta inclusive, en tropel y el caballo desbocado.

Precios módicos; una carrera una peseta, otra carrera, dos ó tres días con defunción del caballo.

Esto en los coches de punto; los Rippers, cinco céntimos, cualquier distancia con *massage*, conmoción cerebral, reblandecimiento de la médula, médico y botica.

Cafés en abundancia, con música, sin ella, con cante *jondo* y con sexteto á veces y charanga atronadora otras.

Teatros de primera, con palcos y butacas en poder de los revendedores.

Varios Ministerios con ministros dentro, al parecer.

Ultramar, Gobernación, Guerra y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Iglesias, conventos y casas de préstamos en todas las calles, con servicio permanente.

Tabernas elegantes y distinguidas, visitadas por los primeros curdas.

En cada barrio cerca de catorce mil.

En cada barrio un alcalde de ídem con fueros, bastón y derecho de pernada.

Existen concejales por derecho propio, y que andan sueltos por las calles.

Guardias del orden con guantes, serenos, municipales, bomberos con dos bombas para todos, brigada de limpieza, y otras autoridades.

Sociedades de recreo, casinos con patente, sin socios, exclusivamente para jugar á los prohibidos, según exige el decoro de una capital como ésta.

Museos, jardines, paseos, kioscos, confesionarios sencillos y de acordeón.

Con todo esto, deduce el autor del libro que en Madrid se pasa muy bien el invierno y se habrá entusiasmado el hombre que en la segunda edición, dice: «En fin, el que quiera vivir y gozar del mundo vaya á Madrid.

»En Madrid, concluye, se pasa mejor, muchísimo mejor que en Cuenca.»

Y lo dice él, un cuenco tan entusiasta por su capital.

Habrá que creerlo.

José BRISSA.

HOSKEINNE



Natura

Intimidades

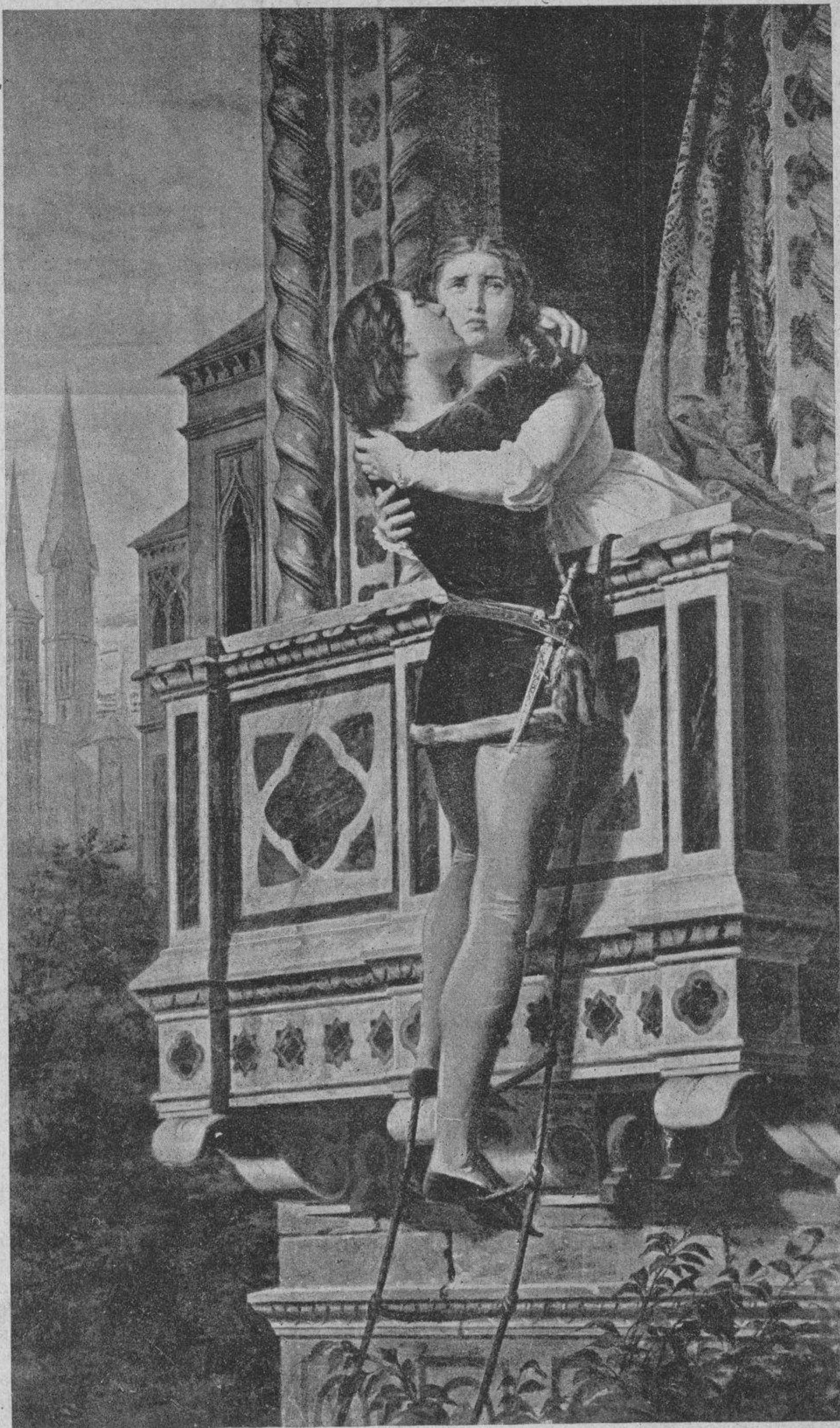
• • • • •
¡Ay, Juan mío!—continuó la hermosa Celia suspirando.—No creas que por vivir entretenida con frivolidades, no discurro algunas veces seriamente. Tú me has enseñado á pensar sobre las cosas del mundo; y yo, que he meditado mucho sobre ciertos hechos y he visto con mis propios ojos más de lo que quisiera... ¡soy muy desgraciada, Juan! Mira: voy á hablarte con el corazón. Te juro que á nadie he hablado con tanta franqueza. A las mujeres nos enseñan á mentir, casi, casi, cuando nos enseñan á pensar; y yo á nadie, absolutamente á nadie, he dicho lo que voy á decirte. Yo no te hice caso, no quise comprenderte, no quise aprender á amar en el hermoso libro de tu corazón. Yo, que no había amado nunca más que pasajeramente, no valué tu cariño en más de lo que apreciaba el mío. Me enamoraba otro hombre, hablándome en el lenguaje necio que nos gusta tanto á las mujeres. Yo le amé, mal digo, le hice caso, y ésta es la falta que no me perdonaré nunca. Después, Juan, en el tiempo que no nos hemos visto, cuando me cansé de aquel hombre y le dí al olvido, ¡ay, Juan! entonces aprendí á conocer el mundo. Descubrí que ese hombre, si me enamoró, si me dijo que me amaba, fué por pura vanidad, porque hubo alguien que le indujo á ello. ¡Ah! no sabes, Juan, no sabes cuán presente está en mi memoria la ocasión en que lo supe; y no sabes, al verme huérfana de cariño,

AUGUSTO TOULMONDE



De mañana (detalle)

rodeada de miserias, no sabes, Juan, ¡cómo me acordé de tí! ¡cómo me arrepentí de no haberte hecho caso! ¡cómo ansié con toda mi alma estrecharte así, como te estrecho ahora, y decirte que te amaba, porque eres el único sér noble que volvía los ojos hacia mí! Tú también conoces el hecho á que me refiero y me compadeces, ¿verdad?... ¡Te amo tanto—prosiguió Celia con vehemencia—te hallo tan digno, tan noble, tan diferente de los demás seres, que tú eres el refugio único de mi alma cuando pienso en las cosas elevadas y en Dios! ¡Me parece que sólo en tí está Dios; que sólo tu corazón sabe amar y consolar! Cuando considero esto, ¡anhelo vivísimamente estar á tu lado, y escuchar tus razonamientos, y estudiar contigo, y aprender de tí, y adorarte siempre, y dar por tí hasta mi existencia si se ofreciese!... (Celia rompió á llorar con profundo desconsuelo y escondió su rostro sobre el hombro de Juan. Juan sintió en su megilla el roce suave y enardecido de la megilla de Celia, y la besó tiernamente; pero nada acertó á decirle). ¡Ay, querido!—prosiguió ella—



Romeo y Julieta



El otoño

tú me lo digiste en una carta que me enviaste cuando nuestras últimas relaciones. Yo me encuentro en un pantano cenagoso, yo me adormezco, yo me consumo. ¡Cuántas veces, Dios mío, han venido á mi memoria estas palabras tuyas! Esta casa ¿la ves? es mi prisión, y yo la aborrezco, porque mi vida en ella es sombría y angustiosa, como no puedes figurarte. Sí, la aborrezco, Juan... Mira: hay casos en la vida en los cuales lo que parece menos justo es lo que debe hacerse... Tengo una decisión inquebrantable, Juan. ¡Escúchame! Yo no tengo madre, no tengo padre... ¡no me quieren! Estoy huérfana... mi esposo tampoco me hace caso, y en esta casa todo me coarta y me oprime, todo me dice que mi felicidad está fuera de aquí. En sociedad me mira mal la gente, murmuran de mi casa y de mí. Lo único que me atrae eres tú; el único que me considera y me ama. Yo me desligo de todo y me voy contigo... ¡Vámonos ahora, vámonos!... ¡Cómo, Juan! ¿te opones á que me vaya contigo? Considera que ante mí no hay más idea que una: tú me amas. Considera que yo no puedo vivir aquí. Llegaré á pensar en el suicidio si permanezco encerrada en estos muros.

¡Tú no sabes que horrores tengo en el pensamiento y que angustia en el corazón... Pero, ¿es posible que este deseo poderoso que yo siento de tí, Juan; este impulso hacia tí no le halles justo y noble? Si yo te juro amor y felicidad eterna, si yo te juro que mi felicidad eres tú, ¿cómo quieres que Dios no reciba estos juramentos sagrados? ¿Qué entiende el mundo de todo esto si no cree en el amor? ¿Qué nos importa el mundo si nos amamos? Tú eres mi esposo, mi alma es tu alma: vámonos... No me condenes á la horrible calentura de no verte y pensar en tí siempre. Llévame contigo, Juan, ó dime que no me quieres. Déjame entonces que me consuma, detestando la vida y maldiciendo la hora en que nací... Pero ¿á qué estos miramientos? ¿Qué aguardamos? ¡Vámonos, Juan! (Celia, ciega, delirante y extraviada, cubrió de apasionados besos el rostro de Juan; estrechándole el cuello con nerviosa violencia. A Juan le pareció que recibía una herida en mitad del corazón).

Asiendo á Celia por los brazos, logró desasirse de ella y separarla, y murmuró con enojo:

—¡Vil! ¡no tienes alma, no tienes pudor! Todo esto es una comedia pensada de antemano. No me quieres, no. Yo me avergüenzo de haberte querido, ¡y te desprecio!

JUÑER Y VIDAL.

Ley eterna

Pues bien... hazte la cuenta
que el mundo es muy pequeño,
que el mundo le compone
tan sólo este aposento,
y en él nos encontramos
como absolutos dueños.

No hay joyas que deslumbren,
ni trenes que den vértigos,
ni trabas que sugeten
el libre pensamiento,
ni leyes que castiguen
con penas nuestros yerros...

Estamos solos, solos...
de amor y encanto llenos,
y el lazo que nos une
debiera de ser eterno...
¡que el mundo le compone
tan sólo este aposento!

—
¡Así se acabarían
mis dudas y mis celos...!
No habiendo quien te mire,
mis ojos, en silencio,
contemplan las curvas
graciosas de tu cuerpo...
No habiendo quien te cuid
te presto mis consuelos,
con ansias de mi alma,
con fuerzas de mi pecho...
No habiendo quien te quiera,
yo solo te deseo...

No habiendo quien te ampare
¡yo solo te defiendo!
¡Oh, qué feliz sería
si sucediera esto,
si fuésemos del mundo
los absolutos dueños
y el mundo le formara
tan sólo este aposento!

—
Pero es en vano todo
mi poderoso esfuerzo...
Después de estos amores
vendrá el hastío luego;
tu imagen, poco á poco,
se irá desvaneciendo,
y acaso otras mujeres
me brinden goces nuevos...
Tú, fuerte en estas prácticas,
pondrás otro en mi puesto,
le harás firmes protestas,
amantes juramentos,
y así constantemente
los dos repetiremos
la historia de los muchos
que amaron padeciendo.

—
¡Amor de mis amores...!
El mundo es grande, inmenso,
¡el mundo no le forma
tan sólo este aposento...!

José JUAN CADENAS.

Malagueñas

I

Hasta el perro de tu huerto
te ha aventajado en lealtad,
¡cuando me ve me acaricia!
¡tú ni me conoces ya!

II

Para que no te conozca
no necesitas careta,
que vas siendo mi ruina
y te defiendo por buena.

III

Si yo pudiera ser rey
en mi trono te pondría
y delante de mi corte
te adorara de rodillas.

IV

¡Qué triste es hallar hortigas
si se van buscando flores!
¡qué pena es llegar á viejo
teniendo corazón joven!

V

A una rosa enamoré
y la rosa contestó:
—Amor que se fija en flores,
dura menos que la flor.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.



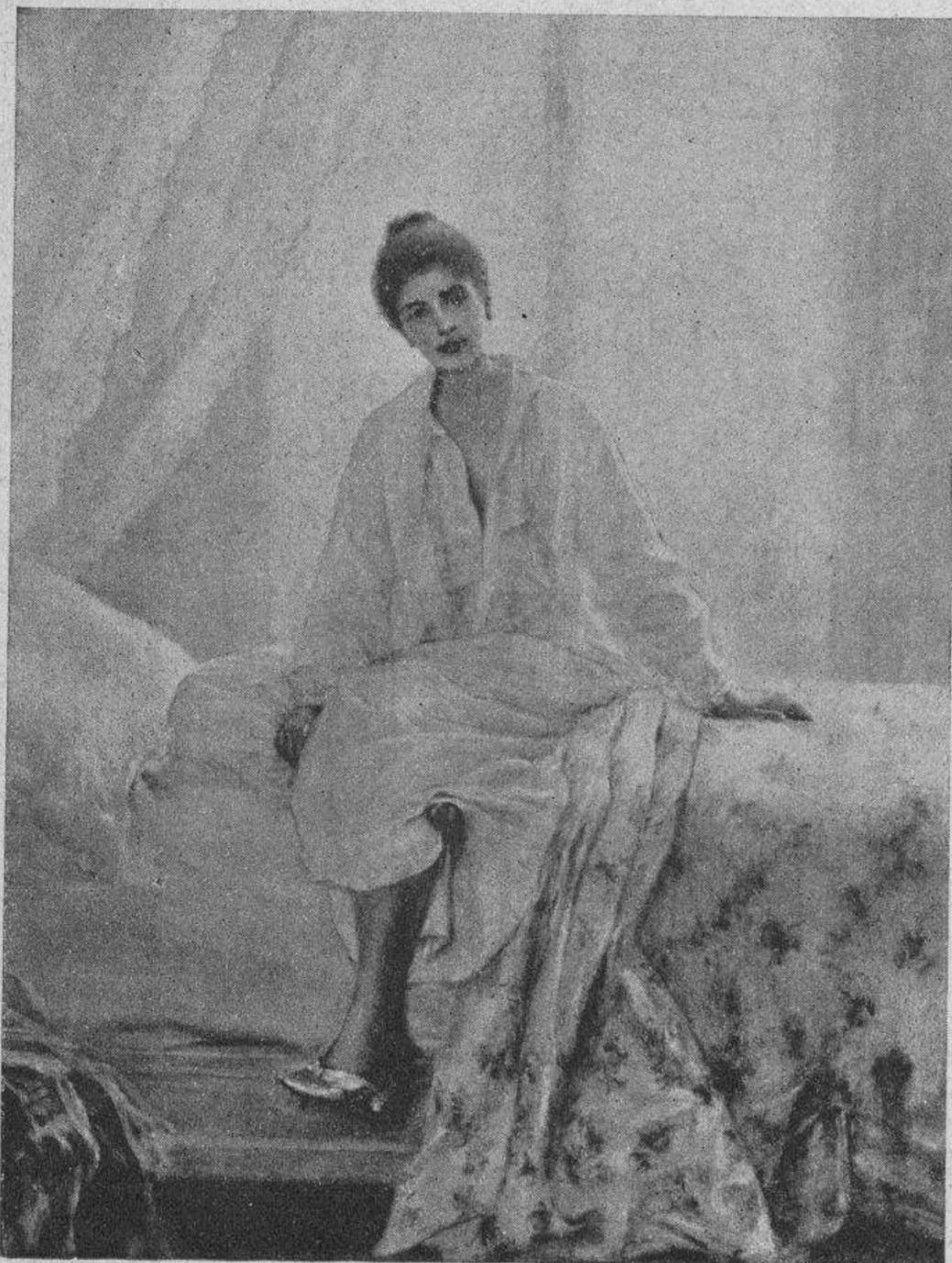
V. PALMAROLI.—Las dos coquetas

Planta montés

Hubo larga deliberación, y se celebró una especie de consejo de familia para decidir si era ó no conveniente traerse á aquel indígena de la más enriscada sierra gallega á servir nada menos que en la capital de la región. Ello es que emprendíamos la doma de un poptro; tendríamos que empezar enseñando al neófito el nombre de los objetos más corrientes y usuales, dándole una serie de *lecciones de cosas*, que me río yo de la escuela Frœbel. Pero tan ahitos estábamos del servicio reclutado en Marineda, procedente de fondas y cafés, picardeado y no instruído por el roce, ducho en hurtar el vino y en saquear la casa para obsequiar á sus coimas, que optamos por el ensayo de aclimatación. En el fondo de nuestro espíritu aleteaba la esperanza dulce de que al buscar en el seno de la montaña un muchacho inocente y medio salvaje, hijo y nieto de gentes que desde tiempo inmemorial labran nuestras tierras, ejerceríamos sobre el servidor una especie de dominio señorial, reanudando la perdida tradición del servicio antiguo, cariñoso, patriarcal en suma. ¡Tiempos aquellos en que los criados morían de vejez en las casas!...

Era una mañana serena y pura; el cielo de Marineda justificaba la copla que lo declara *cubierto de azul*, cuando llegó á nuestros lares el natural de Cenmozas. Acompañábale su padre, el casero. Padre é hijo se parecían como dos gotas de agua en las facciones: ambos de rostro pomuloso, moreno bazo, color de pan centeno; de ojillos enfosados, inquietos, como de ave cautiva; de labios delgados, casi invisibles; de cráneo oblongo, piriforme. Los diferenciaba la expresión, astuta y humilde en el viejo, hosca y recelosa en el mozo; y también los distinguía el pelo, afeitado al rape el del padre, largo el del hijo, y dispuesto como la melena de los siervos adscritos al terruño, colgando á ambos lados de su parda montera de candil.

DE VERGESES



El despertar de una parisién

Ambos vestían el genuino traje de la comarca montañesa, semejante á la vestimenta de los bretones y vendeanos, aunque en vez de amplias bragas usasen el calzón ajustado de lienzo bajo el de paño pardusco. A pesar de la radiante belleza del día, apoyábanse los montañeses en inmensos paraguas colorados.

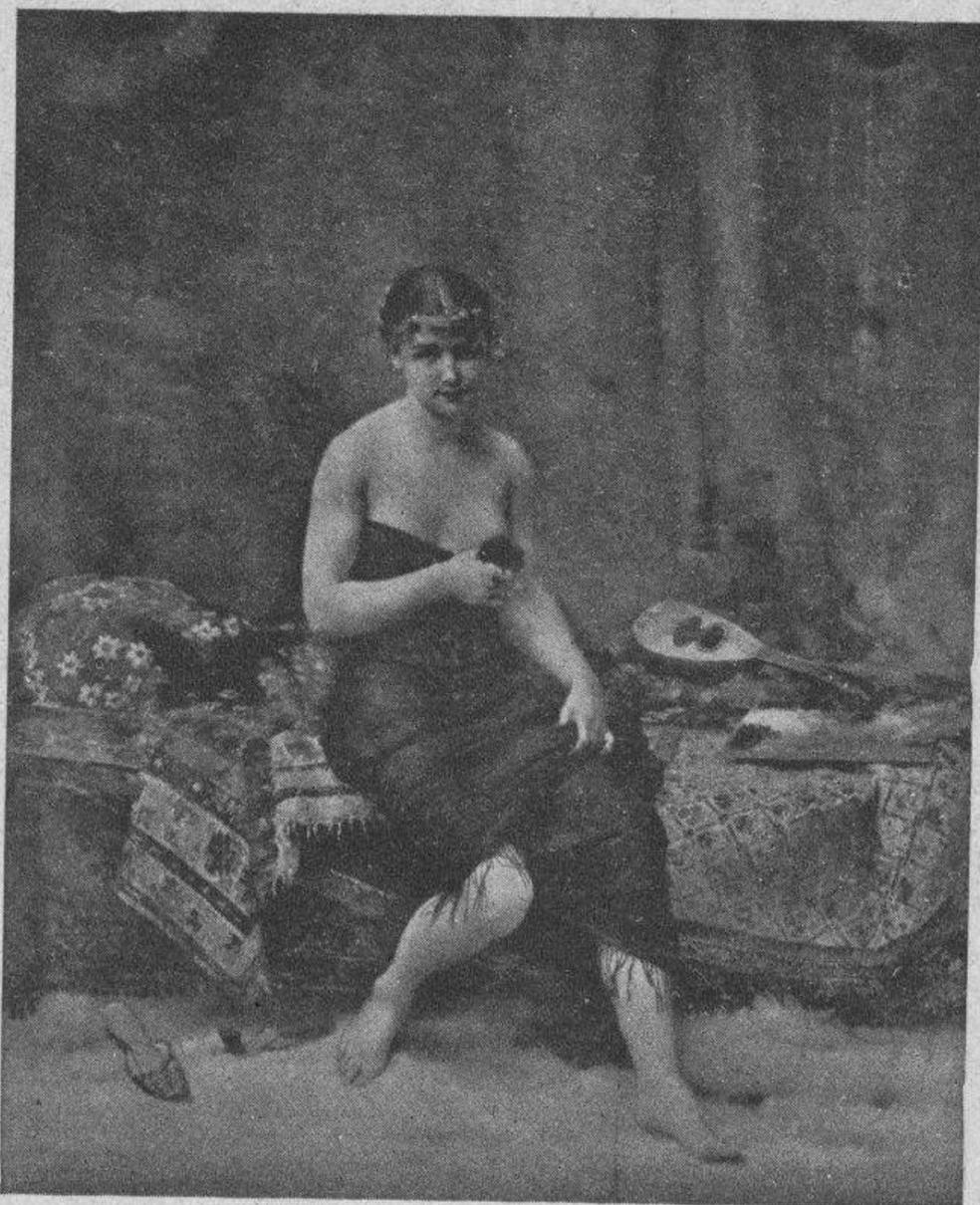
Mientras el viejo rebosaba satisfacción y contento,— como quien está seguro de haber encontrado á su progenie colocación en que tenga al rey cogido por los bigotes,— y en su fisonomía socarrona retozaba insinuante sonrisa, el mozo, callado y descolorido bajo la capa del sol que tostaba su atezada epidermis, parecía indiferente á las cosas exteriores. Al ofrecerles asiento, dejáronse caer en él á la vez pesada y tímidamente, penetrados de respeto hacia la silla. Antes de estipular nuestras condiciones, hizo el padre cumplido panegírico de su Ciprián ó Cibrao, según él le llamaba. Las comparaciones elogiosas estaban tomadas de la fauna campesina. Cibrao, maino como una oveja; Cibrao, fiel como un can; Cibrao, trabajador como un lobo (así dijo, aun-



Amor maternal

que yo ignoraba que el lobo se distinguiese por su laboriosidad); Cibrao, ahorrativo como las hormigas; Cibrao, más duro que mula burreña; á Cibrao, con cualquier cosa lo manteníamos, porque, alabado sea el Señor, él venía hecho á todo, y su cuerpo bien castigado. Si nos desobedecía en la menor, ¡darle así! (y el padre ejecutaba el ademán de quien sacude á varazos un pellejo), y si no, llamarle á él, al tío Julián, que vendría desde Cenmozas para arrearle al hijo tal tunda, que no se pudiese menear en cinco semanas. Soldada, la que quisiéramos; ¡demasiada fama teníamos de buenos cristianos para hacer mala partida á nadie! Al mozo, en su mano, ni un ochavo de la fortuna siquiera; ya se sabe que los mozos, cuanto tienen, otro tanto destragan con bribonas y tabernas... El,

J. F. BALLAVOINE



Descanso de la modelo

el tío Julián, se encargaría de recoger, supongamos, cada dos ó tres meses juntos... Si hoy en día pagaba tanto más cuanto por el lugar, y si tanto ganaba el mociño, eso menos nos pagaría al vencer el término de la renta. Y hablando de renta: en estos años tan malos, por fuerza teníamos que perdonarle alguna... Otrosí: la casa del lugar, propiamente estaba cayéndose en ruinas... Venir un día de viento... y plan... ¡adiós! Luego, con tantas grietas... los tenía el frío *aterrecidos*.—Comprendimos que el tío Julián venía animado del firme propósito de vendernos su *mozo* á trueque de la renta del lugar, reconstrucción de morada y dinero para unos bueyes á parcería, que contaba le sacasen de apuros. En arras de este contrato tácito, ofreciémos dos empedernidos quesos, cuatro onzas de rancia manteca, y hasta media hanega de castañas gordas.

Cuando, después de bien comido y regalado, se despidió el viejo labriego, el hijo no salió de su inmovilidad y mutismo: ni aun mostró querer acompañarlo hasta la puerta á darle alguna señal de afecto ó encargo para los que se habían quedado allá en la sierra. Por la noche le vimos acurrucado en un rincón de la cocina, sin querer aproximarse á la mesa para cenar. Ni nuestras palabras, ni las bromas de la joven y alegre doncella, ni las compasivas insinuaciones de la cocinera, mujer ya madura y que tenía un hijo «sirviendo al Rey», consiguieron animarle. No consintió probar bocado.

Comprendimos bien esta nostalgia ó morriña de los primeros instantes, y esperamos

que no duraría. ¡Marineda es tan regocijada los domingos! ¡Ofrece tantas distracciones á un rapaz campesino, que sólo ha visto breñas y tojos! ¡Hay tanta música militar, tanto ejercicio de batería, tanta comparsa en Carnaval!... Y en Semana Santa ¡qué de procesiones! Ya acabaría Cibrao por chuparse los dedos.

Lo primero, adecentarlo, para que pudiese andar entre las gentes y sus compañeros no le hiciesen burla. Un barbero le cortó el pelo y le enseñó el uso del peine; un sastre le arregló ropa de desecho en buen uso; á provistarle de camisas, de calcetines y elásticas; á plancharle corbatas blancas y embutirle las callosas manos en guantes de algodón. La metamorfosis, al pronto, surtía favorable efecto. Diríase que iba á sacudir su apatía el montañés. Fuese que las guedejas le hacían el rostro más macilento, ó fuese por otra razón desconocida, al raparse mejoró de semblante, apetito y ánimo, y ya creímos que el trasplante se realizaba con toda felicidad.

¡Ay! nuestra satisfacción fué un relámpago. El rapaz se estrenó desastrosamente en el servicio. Ni una potranca de Arzúa, suelta al través de la casa, hace más destrozo. Las manos duras de Cibrao, acostumbradas al *sacho* y á la horquilla, no acertaban á tocar cacharro ni vidrio sin reducirlo á polvo. Lo cogía con infinitas precauciones, y ¡clin! ¡plac! al suelo hecho añicos. El le echaba la culpa á los guantes, con los cuales aseguraba que «no tenía tientos». El cristal ejercía sobre sus sentidos burdos de labriego extraña fascinación. No lo distinguía de la diafanidad de la atmósfera; tenía delante una copa ó una botella, y positivamente *no la veía*, ó al menos no distinguía sus contornos. «Maréame», decía al tomar cualquier objeto transparente.

Nos ponía tenedores sobre la sopa y cucharas para el frito. Las vinagreras las servía al postre. Azotaba los cuadros con el mango del plumero; arrancaba de cuajo los cortinones al intentar quitarles el polvo; limpiaba el tintero con las toallas finas, y no dejó luz de petróleo que no descompusiese. Una noche tuvimos la casa, por culpa suya, sepultada en profundas tinieblas.

Nuestro ajuar ganaba poco, y su destructor menos aún. El azoramiento de las continuas advertencias y regaños, el vértigo de la ciudad, tal vez causas más íntimas, más pegadas al alma del trasplantado, iban demacrando su rostro y apagando sus ojos de un modo que llegó á parecernos alarmante. Algo de compasión y mucho de cansancio é impaciencia nos dictaron la medida de llamar á capítulo al mozo y aconsejarle paternalmente la vuelta á su aprisco serrano. «Vamos, habla claro y sin miedo, rapaz. Nadie te quiere en su casa por fuerza. Llevas quince ó veinte días; ya puedes saber cómo te va por aquí. Tú no estás contento». Una chispa luminosa se encendió en las cóncavas pupilas, y los apretados labios articularon enérgicamente:

— Señora mi ama, no me *ajago* aquí.

— ¿Y pasado algún tiempo, no te *afarás* tampoco?

— Tampoco. Nó, señora.

En vista de la categórica respuesta, escribimos sin dilación al mayordomo de la montaña para que viniese el tío Julián á recoger su cachorro. Sí, que lo recogiese cuanto antes; de lo contrario, ni nos quedaría titere con cabeza, ni el muchacho levantaría la suya. Transmitió el mayordomo la respuesta del viejo. Como él viniese á Marineda, le rompía al hijo todas las costillas, por «escupir la suerte». Y si lo llevaba á la montaña otra vez, era para «brearlo á palizas». Este modo de entender la autoridad paterna nos alarmó un poquillo. Suspendimos, y comunicamos á Cibrao las órdenes del *patrucio*.

Nada contestó. Resignóse. Cayó en una especie de marasmo. Trabajaba lo que le mandasen; pero en cuanto volvíamos la espalda, se acurrucaba en un rincón, dejando los brazos colgantes y clavando la quijada en el pecho. Era la calma triste del animal, silenciosa y soporífera, sin protestas ni quejas: la obscura y terca afirmación de la voluntad en el mundo zoológico. Cierta día, al preguntarle si estaba malo y quería que un médico le viese, hubo de responder:

— Médico, *non* sirve. La tierra me llama por el cuerpo.

Había llegado el mes de Noviembre, lúgubre mes en que parece oirse, al través del suelo empapado en lluvia y entre el silbo del ábrego, choque de huesos de difunto y sordas lamentaciones extramundanas. Marineda se vestía de invierno. Retemblaban los cristales al empuje del huracán, y el rugir de los dos mares, el Varadero y la Bahía, hacía el bajo en el pavoroso concierto, mientras la voz estridente del viento parecía una carcajada sardónica. En nuestra solitaria calle no se oía por la noche sino el paso fuerte y rítmico del sereno, el quejumbroso escurrir del agua, el embrujado maullido del gato ya rabioso de amor, y algún aldabonazo que resonaba como en el hueco de una tumba. Después de la noche más tormentosa y triste de todo el mes, supimos que Cibrao no quería salir de la cama. Y vino el doctor, y á carcajadas nos reíamos cuando nos enteró de lo que el mozo padecía.

— ¡El maula ese! No tiene nada. Ni calentura, ni dolores, ni esto, ni aquello, ni lo de más allá. ¡Cuando les digo á Vds. que nada! Y dice que no le dá la gana de levantarse,

¿por qué pensarán? ¿A qué no aciertan? Pues porque anoche oyó ladrar, digo aullar á un perro, y jura que el dichoso perro *ventaba* su muerte.

Pasada la risa, nos entró el arranque humanitario.

—Doctor, ¿caldo y vino? Doctor, ¿unos sinapismos? Doctor, ¿á veces un baño de piés...?

El médico se encogió de hombros enarcando las cejas.

—No veo medicamento, porque no veo enfermedad. Si la hay, es en la *sustancia gris*, y yo allí no sé cómo se ponen las sanguijuelas ni cómo se aplican los revulsivos. A mal de superstición, remedio de ensalmos. Llamen ustedes al cura de la parroquia, que se traiga el calderito y el hisopo y le saque los enemigos del cuerpo.

Y el doctor Moragas se fué, entre risueño y colérico.

Muchas veces hemos deplorado no seguir acto continuo el consejo irónico del doctor. ¿Quién sabe si las lustraciones del bendito caldero curarían la pasión de ánimo del montañés?

La noche siguiente, yo también oí, entre el silbido del aire y el ronco mugido profundo del Cantábrico, la voz del perro que aullaba en són muy prolongado y triste. Me desvelé, y singular desasosiego me oprimió hasta la madrugada, hora en que generalmente recompensa el sueño las fatigas del insomnio.

¿Será creído el desenlace de este caso auténtico, no tan sorprendente para los que nacimos en la brumosa tierra de los celtas agoreros como para los que en regiones de sol tuvieron cuna?

El temor á la incredulidad me paraliza la mano. No me determino á estampar aquí que Cibrao amaneció muerto en su cama.

Le hicimos un buen entierro, y hasta se dijeron misas por su alma primitiva y gentil.

EMILIA PARDO BAZÁN.



A. LAROCHE. — El pájaro azul

Al partir

SONETO

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy á partir!... La chusma diligente
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de su zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me im-
Tu dulce nombre halagará mi oído. [pela

¡Adiós! Ya cruje la turgente vela...
El ancla se alza... el buque estremecido
Las olas corta y silencioso vuela!

G. GÓMEZ DE AVELLANEDA.

La primavera

SONETO

¡Oh campos! ¡Oh deleites! ¡Oh hermo-
[sura!

¡Oh rica aurora en rosicler y en gualda!
¡Oh flores que en balsámica guirnalda
Os derramais por la feraz llanura!

¡Oh bosques de prolífica espesura
Que de los montes recamais la espalda!

¡Oh vivas auras que de falda en falda
La fragancia llevais y la frescura!

¡Oh hermoso río que el genial tesoro
Dilatas por la espléndida ribera,
Fluctuante espejo del naciente día!

¡Oh claro cielo de amaranto y oro!
¡Oh mañana del año! ¡Oh primavera!
¡Oh alma esposa del sol! ¡Oh Andalucía!

GABRIEL GARCÍA Y TESARA.

PERFILES



Yo había oído hablar mucho de Montmartre, pero durante mi estancia en París no se me ocurrió nunca la idea de visitar aquel famoso barrio

La víspera de mi partida quise asistir al Moulin-Rouge, y allí me encaminé guiado por señas vagas que me habían dado.

Yo sabía que caía por aquel lado y anduve al azar con el prurito de encontrarlo, sin guía. Había leído que á la entrada del típico establecimiento había unas grandes aspas de molino que giraban constantemente como llamando á su público predilecto, y esperando de ver esta señal, caminé largo rato buscando con ávida mirada.

De pronto llegó á mis oídos el eco de su gran bullicio y los acordes de una música.

¡Ahí está! pensé, y me lancé ansioso hacia el lado de donde venía el estruendo, cada vez creciente, de voces, instrumentos, gritos y confusión.

Al extremo de una calle vi una iluminación espléndida y una gran rueda, alta hasta la altura de un tercer piso, que daba vueltas acompasadamente.

No me cupo duda, aquello era el Moulin-Rouge.

En un buen rato no me di cuenta de mi equivocación.

Ya veía yo que aquello no eran aspas de molino, pero quizá yo no estuviera bien informado.

Por otra parte el asombro que me causó lo nuevo del espectáculo que tenía ante mis ojos, me hizo olvidar mi primitiva idea.

Aquello era un París nuevo para mí.

Aquella rueda colosal, giraba elevando, suspendidos á trechos en su circunferencia, unos grandes cestos de mimbrés, dentro de los cuales iban sentados por parejas hombres y mujeres que subían y bajaban, y daban vueltas de una manera fantástica.

Al pie de aquel colosal armatoste, daba vueltas también, con velocidad vertiginosa, un lujoso tío-vivo montado, no por niños, sino por mujeres elegantísimas, caballeros con chistera y hasta graves matronas.

Un público numeroso contemplaba regocijado aquel espectáculo, y algunos lanzaban á las bellas amazonas, serpentinas de papel, y ellas respondían con iguales proyectiles.

Las había que iban materialmente cubiertas de cintas de papel, y mientras con las manos procuraban deshacerse de aquella red de colores, libres las faldas y agitadas por la velocidad de la carrera, dejaban ver una nube de encajes entre cuya blancura se agitaban unos pies diminutos coquetonamente calzados y unas medias de seda, falsas encubridoras de formas esculturales.

Y pasaba una bella gritando, y otra riendo, y otra y otra, y yo sentía el vértigo de tanta animación, de tanto ruido, de tanto movimiento; el vértigo de aquel espectáculo imprevisto que tan inopinadamente hería mi imaginación y mis sentidos.



Tendí la vista en torno mío y vi una avenida interminable que toda presentaba el mismo aspecto.

Aquello era el reino de la locura.

Caminé hecho un imbécil y hasta creo que iba hablando conmigo mismo en voz alta, diciéndome:

—¡Magnífico! ¡Sorprendente! ¡Esto es el disloque!

Luego supe que me había equivocado.

Aquello no era el disloque; aquello era sencillamente la Feria de Montmartre.

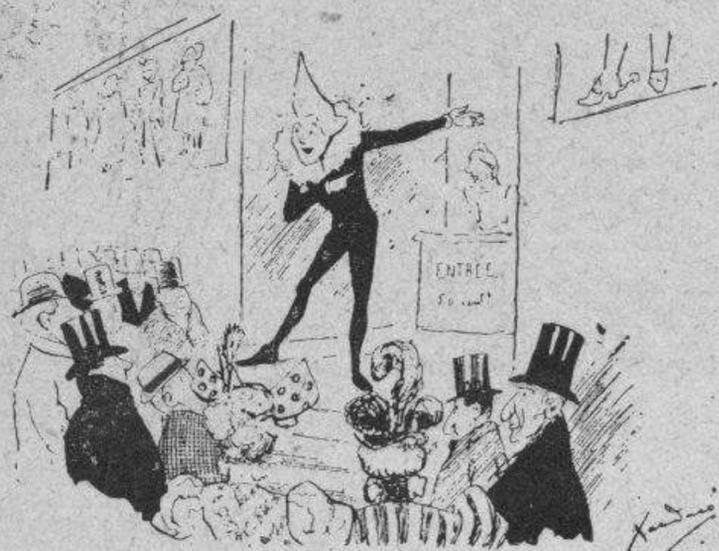
Renuncio á entrar en detalles.

Toda descripción resultaría pálida.

Aquello hay que verlo.

Carrousels, montañas rusas, conciertos, cafés, panoramas, tiros de pistola y carabina, barracones de espectáculos diversos, en fin, la mar.

Y ya que de espectáculos he hablado, no quiero que se me quede en el tintero la descripción de alguno de ellos.



A la puerta de un barracón hay varias estampas, reproducción de cuadros del Museo del Louvre, representando á Adán y Eva en el paraíso.

Un payaso, subido sobre una plataforma grita al público:

—¡Entren ustedes! ¡Reproducción viviente de los cuadros que tienen ustedes á la vista! ¡Adán y Eva antes del pecado!

Las mujeres gritan y se rien, los hombres sueltan pullas y cuchufletas, y unos y otros se apresuran á entrar.

—¡Adentro, señores, sigue gritando el clown, entrada general quince céntimos, localidades un real y reservado cincuenta céntimos!

¡Reservado para ver al natural á Adán y Eva antes del pecado!

Tomé un reservado.

No se vayan á creer mis lectores que el público que entraba era análogo al que aquí en España va á esos barracones de feria. No, señor; yo me quedaba pasmado de ver lo selecto de la concurrencia.

Ya estamos dentro.

Una sala de tablas de poca cabida con un escenario como una alcoba.

El público de quince céntimos de pie en el fondo, los de *localidades* en unos malos bancos de madera y los del *reservado* en primera fila, en sillas de enea.

Un brasero lleno de carbón de cok nos achicharra el rostro.

Se levanta el telón.

Carcajada general.

Dos desdichadas, feas ellas y mal fachadas, aparecen sobre las tablas, procurando contener la risa y entre avergonzadas y burlonas.

Llevan unas malas mallas, ¡qué digo mallas! aquello eran unos calzoncillos de punto y no muy limpios. El cuerpo cubierto con una camiseta de algodón y un trapo en la cintura.

El público tan graciosamente timado comprende que sería hasta indecoroso protestar y obta por tomar la cosa á broma.

Una verdadera pedrea de chistes y oportunas ocurrencias brotan de todas las bocas, y después de un rato de chacota sale á la calle recomendando á los de fuera que entren á ver maravillas.

Mas adelante veo otro barracón á cuya puerta se amotina la gente.

Me paro.

—¡Moderna aplicación de la metempsícosis, grita otro payaso, á la vista de todo el público se desnudará completamente á una señorita de la concurrencia.

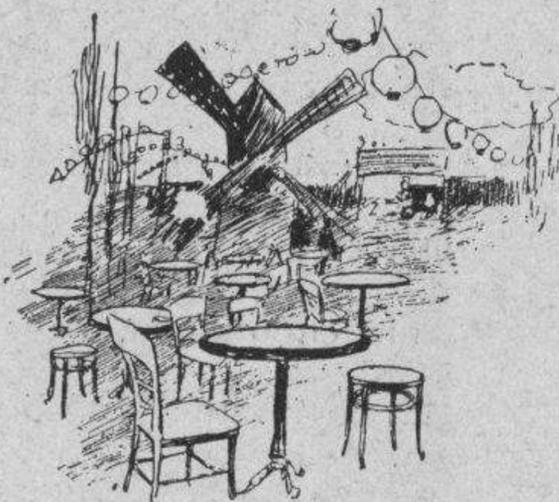
Otra golosina.

También aquí hay reservados, pero yo tomo una entrada de público por temor á otro brasero.

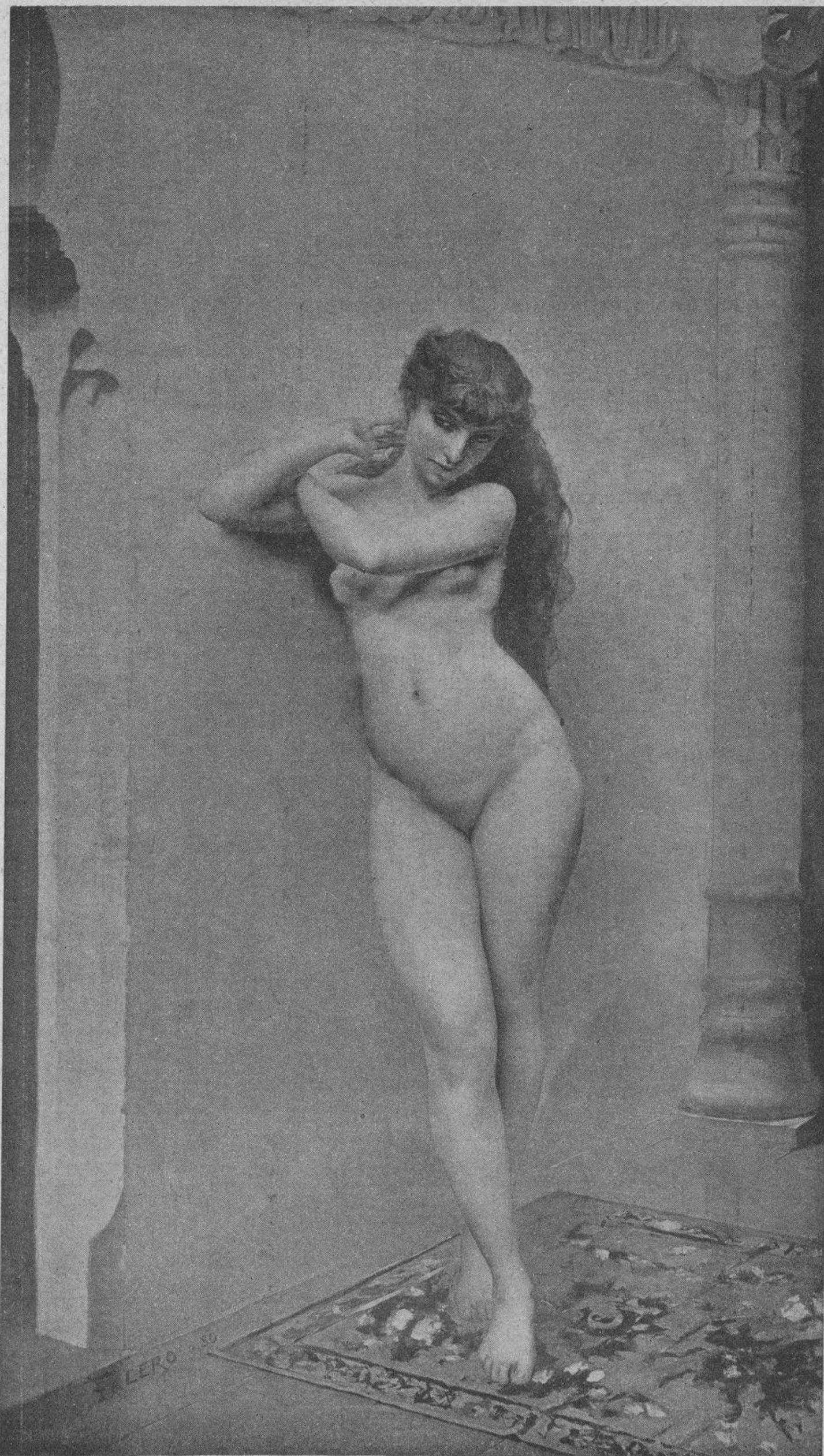
La sala por el estilo de la anterior. En el fondo del escenario hay un ataúd en pie, sin la tapa.

La experiencia consiste en la siguiente proposición:

—¿Hay alguna señorita, pregunta el clown, que se preste á entrar en el ataúd? Sin



FALERO



Namouna

que nadie lo toque ni ella misma lo sienta se la desnudará á la vista de todo el público.

Todos ríen con incredulidad.

Una muchacha de unos diez y ocho años, muy linda y avispada se quita el sombrero y salta en el escenario.

Gran sensación en el público.

Llueven las cuchufletas.

Entra en el ataúd y por medio de ese mecanismo óptico de luces y espejos que todos conocemos, se le substituye el cuerpo por el de otra mujer que hay entre bastidores.

La muchacha que no ve nada de esto ríe con inocencia y se admira del entusiasmo del público.

La ilusión es completa.

La mujer oculta se quita el vestido, luego el corsé, después los pantalones y queda en camisa.

Levanta la pierna, hace dos ó tres piruetas deshonestas y desaparece todo.

La joven sale al público y entonces sabe que ha aparecido efectivamente desnuda á los ojos de todos.

Esto no obsta para que otras muchas se disputen el honor de ocupar su lugar.

Confiesen ustedes que todo esto es muy original y muy parisién.

Y he aquí que me he extendido demasiado y no podemos penetrar en el Moulin-Rouge hasta la semana que viene.

VICENTE SUÁREZ CASAÑ.

Miscelánea

Una conocida literata envió al doctor N. un manuscrito, y con él un billete que decía:

«Remito á la censura de V. el adjunto poema: me urge saber su opinión, porque estoy inspirada, y puede decirse que para cambiar, si es necesario, la forma, tengo las tenazas al fuego.»

El doctor le contestó:

—Mi opinión, señora, es que ponga V. el poema donde tiene las tenazas.

—❖—

El marqués de X. que tiene una suegra insoportable, paseaba junto á un estanque, sin barandilla, en compañía de la susodicha mamá y de un amigo. Tropezó éste sin querer, y empujando á la suegra, faltó poco para que la arrojara al estanque.

El marqués de X. acercó la boca al oído del amigo y le dijo con emoción, apretándole la mano:

—Muchas gracias por la intención, querido amigo.

—❖—

Preguntaban á un ministro:

—¿Cómo ha podido conceder V. una condecoración tan respetable á X.? ¿No sabe V. que ha estado en presidio?

—Sí; pero le he adjudicado la cruz, para ver si tiene la audacia de llevarla.

—❖—

Un paleta se para delante del escaparate de un fotógrafo, y contempla una reproducción del famoso grupo de Rauch, *Las tres gracias*, desprovistas, como es sabido,

de todo lo que puede impedir que se admire la hermosura de sus cuerpos.

—¡Miste lo que son las mujeres! — exclama—no tener para comprarse vestidos, y gastar el dinero en retratarse.

—❖—

—Vamos á ver, doctor: ¿se muere ó no mi tío?

—Ni por pienso; lo que es por ahora tiene una salud capaz de resistir todas mis medicinas.

—❖—

Pepito, que ha sido bueno media hora, pide á su madre la recompensa prometida.

—Me has dicho que si era bueno me darías lo que quisiera.

—Sí, hijo mío: ¿qué quieres?

—Permiso para ser malo.

LA SAETA

Semanario ilustrado

PROPIETARIO
PEDRO MOTILBA

DIRECTOR
V. SUÁREZ CASAÑ

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

Semestre	5 pesetas
Año	8 »
Extranjero y Ultramar	15 »

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado